



DOSSIER

El agua como esencia y símbolo de la vida

¿Cómo los indígenas mejoran su calidad de vida a través del desistimiento? *Protección de reservas de agua en Ecuador*

Oliver Hoelcke*



El horizontes desde Nizag. Paisaje muy común de la Sierra Centro del Ecuador, en el que se puede apreciar a una mujer con su hija y sus animales al momento de pastar.

Foto: Karina Ron

Resumen

La gente en Los Andes lucha por cada gota de agua. De ese líquido vital dependen cientos de miles de personas que habitan en el valle. Sin embargo, cada año llega menos agua a los pequeños poblados. Garantizar el abastecimiento del recurso es la meta de El Plan de Manejo Páramo.

El paisaje Andino

La comunidad indígena Pilahuin está situada en la provincia de Tungurahua, aproximadamente a 3500 metros sobre el nivel del mar, en Los Andes ecuatorianos. A esa altura el suelo es árido y solo brotan arbustos achaparrados, líquenes y pastos amacollados. Éste es el páramo, una forma de vegetación que no permite casi ningún tipo de agricultura. En la época de lluvia,

* Asesor en Periodismo y RRPP de la GTZ Ecuador, Programa GESOREN, oliver-andre.hoelcke@gtz.de

el clima es frío, y ventoso, sencillamente inhóspito. En la época seca, ahí, a pocos kilómetros de la Línea Ecuatorial, se puede sentir un calor sofocante. Pese a las condiciones climáticas extremas, el páramo es vital para las 10 700 personas que habitan en la parte alta, pero también para aproximadamente 150 000 habitantes de Ambato, capital de la provincia.

El páramo es una reserva de agua que funciona como una esponja. El agua de lluvia y también las gotas de niebla se adhieren al pasto. El líquido es retenido por las raíces. El problema es que esta esponja se seca más y más, cada año. Por esa razón, el Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo (BMZ) a través de la Cooperación Técnica Alemana (GTZ) ha trabajado en la zona desde hace varios años. El objetivo central es evitar que el páramo continúe secándose y mitigar la pobreza de sus habitantes.

“En la parroquia Tisaleo, a pocos kilómetros de Pilahuin, desaparecen anualmente extensiones de páramo equivalentes a 250 canchas de fútbol”, asegura Ana González, colaboradora de la GTZ en Tungurahua. “La gente que vive aquí arriba destruye su propio hábitat”. Los habitantes crían vacas, ovejas y, en casos aislados,

también llamas y alpacas. Los animales consumen un pasto escaso en proteínas. Para sacar provecho a esas tierras, los campesinos incendian regularmente el páramo y así pueden brindar a sus animales los brotes tiernos de un pasto fresco, un poco más rico. Cuanto más se quema el páramo, menos agua se acumula en los tallos para ser almacenada en las raíces. Así, el páramo se está secando paulatinamente. A ello se agrega que los campos de uso agrícola se encuentran directamente en las laderas. Los animales pesados apisonan el pasto, destruyendo así el suelo. Se produce erosión, se desprenden partes del subsuelo y el campo se torna inservible como reserva de agua.

El caudal de agua de páramo se ha reducido drásticamente en los últimos 25 años. En Tungurahua, el río Ambato es el principal proveedor de agua. En la década de 1980 se medía un caudal de 12 m³ por segundo. En el año 2000, el volumen de agua era solo de 3,5 m³ por segundo.

La tierra está devastada e inhóspita. ¿Por qué se la sigue explotando?

La conquista de Sudamérica, acaecida siglos atrás, todavía muestra aquí sus repercusiones. Los españoles se aseguraron para ellos las superficies “buenas y utilizables” ubicadas en la zona baja, en el valle, y expulsaron a los indígenas cada vez más hacia las montañas. Los desterrados tuvieron que encontrar allá arriba, en el páramo frío y desértico, un nuevo hogar. Hoy en día, el páramo pertenece a aquellos que lo habitan, quienes se han organizado en comunidades integradas por grupos de entre 200 y 1 000 personas.

La superficie del páramo se reduce anualmente. Esta situación tiene antecedentes socio-culturales. Si un campesino tiene cinco hijos, tal como ocurre en promedio, debe legar una parte de la tierra, de igual tamaño, a cada uno de sus herederos, sean hombres o mujeres. Esto se realiza demarcando un nuevo pedazo de páramo de forma totalmente exenta de control.

Por otro lado, el campesino divide el terreno propio en muchas parcelas pequeñas. Como consecuencia, en Tungurahua ya no quedan superficies agrícolas extensas, que podrían ser cultivadas con poca maquinaria. Lo que ocurre, en realidad, es que los habitantes de las tierras altas poseen pequeñas parcelas de apenas 30m² y deben aceptar un trabajo en la ciudad para garantizar la supervivencia de sus familias. Por ende, cada vez son más los jóvenes que

emigran a las grandes ciudades, no cultivan sus tierras y mantienen el derecho de propiedad.

Éxito a través del desistimiento

Los indígenas no son partidarios de la explotación de este paisaje frío e inhóspito. El trabajo es duro, perjudica su salud y, pese al esfuerzo, la retribución económica que reciben es baja. Por otro lado, los habitantes de la ciudad y la central de abastecimiento de agua necesitan mantener el páramo inexplorado para asegurar sus reservas de agua. Después de estudiar esta realidad El Plan de Manejo Páramo se puso a trabajar en acciones puntuales.

La idea era lograr que tres organizaciones indígenas se comprometieran a dejar inexplorada una parte de sus tierras de la reserva natural de páramo. A cambio, la tierra ubicada en la parte baja, en posesión de los indígenas, debía ser utilizada óptimamente con mejores semillas. Además, se les brindó asesoramiento en materia de economía lechera. “Convencer a las familias de este programa fue una lucha larga y difícil” recuerda César Ocaña, presidente de la COCAP (Cooperación de Organizaciones Campesinas de Pilahuin), una agrupación de 13 comunidades en Pilahuin. “No sabían si funcionaría”. Él apoyó al programa desde el comienzo y con insistencia pudo persuadir a sus vecinos y amigos: “¡No queremos expandir las superficies, sino mejorar las existentes!”. Sin embargo, de 13 comunidades,

solo dos decidieron participar en este experimento.

La superficie total de las tres organizaciones indígenas abarca alrededor de 46 800 ha, de las cuales más de 9 000 ha, situadas en las zonas altas, quedaron inexploradas. En julio de 2008 se continuó con el cultivo mejorado en las zonas más bajas. Seleccionaron siete superficies en las inmediaciones y sembraron sus campos con la nueva y más rendidora semilla de pasto. En noviembre comenzaron a pastar las vacas y las ovejas. Antes, el pasto rebrotaba después de 90 o 100 días, actualmente ocurre en un período de entre 45 y 60 días y, lo que es más importante: “A las vacas les gusta el pasto”, sonríe Ocaña.

El ganado vacuno produce actualmente más del doble de leche. También las ovejas aprovechan el pasto. “Antes tenía que vender 10 o 12 ovejas al año”, dice Ocaña. Sus animales eran pequeños y no habrían rendido tanto dinero. Hoy en día, vende cinco vacas





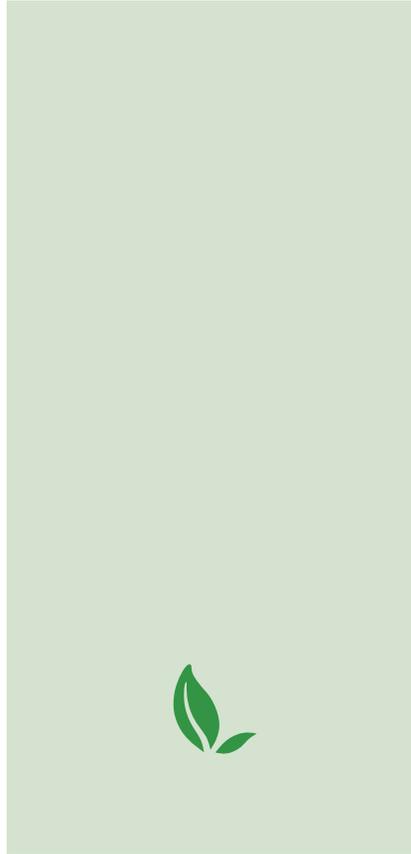
DOSSIER

El agua como esencia y símbolo de la vida

grandes y rendidoras cada año. Ocaña, de 30 años, vive con su esposa y dos hijos en Tamboloma, un pueblo de 2 000 habitantes. Son dueños de cuatro vacas lecheras, un par de ovejas y cultivan papas y fréjoles en su parcela de 2 ha. De vez en cuando, también sacrifican un cuy. Con el dinero que reciben invierten en un mejor alimento para los animales, en ropa más abrigada y en la educación de sus hijos. Con estos resultados no es sorprendente que otras cuatro comunidades se hayan reportado para participar en el programa y obtener un fondo como fuente de financiación sostenible.

El proyecto se financia con el Fondo de Páramos de Tungurahua y Lucha contra la Pobreza, creado por iniciativa de organizaciones nacionales e internacionales.

Siete organizaciones públicas y privadas, las empresas eléctricas y la central regional de



abastecimiento de agua también han aportado. Con los intereses se financian los proyectos, las semillas y el asesoramiento. En el futuro, este fondo será utilizado en proyectos de educación ambiental y agricultura orgánica.

“También debería realizarse un trabajo de concientización con los habitantes de la ciudad”, dice Ocaña y agrega: “Consideran que es obvio recibir el agua y, en el fondo, sin hacer nada por ello”. En la Provincia de Tungurahua, la central de abastecimiento de agua no recauda ningún tributo especial para participar en la protección de las reservas del páramo.

“Para mi futuro, espero una agricultura mejorada, mejores pastos y, tal vez también mejores vacas, para ganar más dinero y que mis hijos reciban la educación que deseen”, dice Ocaña. Su hija quiere estudiar medicina y su hijo ingeniería en régimen de aguas.



El glaciar del Chimborazo son importantes fuentes de almacenamiento de agua en Ecuador.

Foto: Anita Krainer